

Lengua, raza y frontera: intervenciones feministas sobre el concepto de nación

Agustina Ruiz Bellingeri

La problematización de muchos de los términos centrales de la teoría política por parte de los feminismos tomó impulso a comienzos de la década de los ochenta, cuando nociones como Estado, nación y ciudadanía, entre otros, comenzaron a ser ávidamente discutidas en el ámbito académico. Para ese entonces, ya mucho se había teorizado sobre la nación y los orígenes de lo nacional y el tema volvía al centro de la discusión en el auge de los estudios culturales. En este contexto la mayor parte de la producción feminista se volcó a pensar los cruces entre género, nación y nacionalismos en contextos específicos, aunque también fueron publicados textos como *Género y nación* (Yuval Davis, 2004) y *Between woman and nation* (Kaplan et. al, 1999) donde se cuestionan algunos de los puntos centrales en relación a la forma en que la nación había sido concebida hasta el momento por teóricos europeos y norteamericanos.

Para fines de los 90, y sobre todo en la primera década de los 2000, los estudios culturales en relación a la nación y lo nacional pierden la centralidad en las discusiones en relación a estudios acerca de la globalización y sus efectos. Entonces, ¿por qué volver a interrogarnos sobre los procesos discursivos de conformación de la nación? Una de las razones es que sus efectos políticos e identitarios siguen vigentes: las disputas sobre aquello considerado nacional y aquello y aquellos que deben ser excluidos o eliminados atraviesan los debates sociales de gran cantidad de naciones. Una de las expresiones más violentas y repulsivas de este fenómeno es el resurgimiento de los nacionalismos de derecha en Occidente. Y por otro lado, porque, a pesar de los muchos pronósticos y de las efectivas consecuencias de los procesos de globalización, a través de la participa-

ción en instituciones como la familia, la escuela y el Estado, la nación mantiene la capacidad de afectar, físicamente y afectivamente a sus habitantes.

Si por un momento los debates sobre la nación y lo nacional parecieran estar en un segundo plano, en los feminismos latinoamericanos y pos y decoloniales reaparecen con insistencia algunos de los aspectos claves para pensar el tema. Es por ello que en este texto pretendemos realizar un cruce entre las concepciones clásicas de la nación y conceptos propios de los feminismos pos y decoloniales que, aun sin haber sido concebidos específicamente en relación a la teoría de las naciones, permiten revisar la noción desde una perspectiva feminista interseccional y crítica de la colonialidad. Para realizar este cruce, efectuamos un breve y superficial repaso sobre los aspectos más relevantes de las propuestas de algunos de los teóricos considerados centrales en los estudios acerca de la nación. Luego, nos concentramos en tres conceptos centrales, tanto para las teorizaciones más reconocidas de la nación como para los desarrollos feministas: raza, lengua y frontera. Así, procuraremos esbozar posibles cuestionamientos e hipotetizar acerca de transformaciones en las formas de concebir la construcción de lo nacional al introducir concepciones otras de algunos de sus elementos constitutivos.

Las concepciones clásicas de la nación

Una breve historización de los significados atribuidos al vocablo nación a lo largo del tiempo permite observar que el uso del término, que hasta la Edad Media designaba a un conjunto de personas nacidas en el mismo lugar, se extendió y transformó a partir del inicio de la modernidad europea en el siglo XVIII. Bajo la influencia del iluminismo y el liberalismo emerge el Estado-nación como forma de ordenamiento social y geopolítico, que fundamenta su existencia en la idea de un origen común y una proyección colectiva. Si Estado da cuenta de un régimen político institucional, nación implica una unidad cultural distintiva cuyos fundamentos han sido centro de discusiones del siglo XIX a esta parte. Las coyunturas políticas que dieron lugar a estas discusiones dificultan la tarea de pensar a la nación por

fuera del nacionalismo como fenómeno, debido a que sus definiciones fueron producto casi en su totalidad del trabajo de intelectuales orgánicos a los Estados-nación occidentales en los siglos XVIII y XIX (Fernandez Bravo, 2000, p.17), convirtiendo a la definición del concepto en una práctica teórico-política con incidencia geopolítica de la modernidad a esta parte.

En el centro de las discusiones modernistas sobre la nación y lo nacional del siglo XX se encuentran, entre otras, las propuestas de Ernest Gellner, Benedict Anderson, Eric Hobsbawm y Anthony Smith, quienes presentan diversas hipótesis en relación al origen de las naciones y a sus fundamentos contemporáneos. El aspecto común que subyace a sus propuestas es el de entender a las naciones no como unidades primigenias con fundamentos étnicos sino como una unidad cultural construida en base a elementos como la lengua, la educación, la etnicidad, los medios de comunicación o la literatura. Las explicaciones a las formas en las que estos elementos fueron utilizados para construir la nación, con mayor o menor grado de conciencia e intencionalidad, varían en las diferentes propuestas. Así, según Gellner, la nación es un producto de los nacionalismos que emergen en las sociedades industriales ante la necesidad de homogeneidad en un marco de gran dinamismo social (Gellner, 2008). La propuesta de Hobsbawm, por otro lado, pretende acercarse a la «visión desde abajo» y considera que en el nacionalismo no estatal se conjugan diversos elementos protonacionales susceptibles de construir comunidades imaginadas, mientras que el patriotismo de Estado crea comunidades a partir de los registros, la alfabetización y la documentación. En su análisis, aunque lengua y etnicidad sean elementos cruciales para la definición de la nación, elementos nacionalistas no estatales serán utilizados por parte del patriotismo estatal para fortalecer sus bases (Hobsbawm, 1998). Anthony Smith, por otro lado, consensúa las propuestas culturalistas con las perennialistas, que consideran que las naciones tienen fundamentos étnicos e inevitablemente se conforman en torno a comunidades ancestrales. En su modelo, la nación es construida a partir del redescubrimiento de elementos de su pasado étnico, su reinterpretación en pos de las necesidades estatales y la regeneración colectiva que se produce al transmitir y masificar estos elementos redescubiertos (Smith, 1995).

El último representante, y tal vez el más conocido entre los teóricos modernos de estudios de la nación, es Benedict Anderson. En sus desarrollos comprende al nacionalismo como efecto de la lengua impresa y a las naciones como comunidades imaginadas producto de la experiencia de la temporalidad homogénea brindada en sus inicios por los periódicos y las novelas y luego continuada por medio de los adelantos tecnológicos.

Es posible observar, en un rápido y superficial repaso por las propuestas de las principales teorizaciones modernistas de la nación, que en ellas tienen injerencia numerosos elementos, como las transformaciones en los sistemas productivos, las variaciones lingüísticas, los cambios en el sistema educativo o el rol atribuido a las dirigencias y las masas. Sin embargo, en ninguno de ellos se menciona siquiera la división sexual del trabajo, la desigualdad de poder entre géneros o, al menos, las evidentes diferencias y jerarquías en los roles sociales atribuidos a hombres y mujeres en las sociedades occidentales. La exclusión de estas cuestiones del análisis moderno de la nación, los nacionalismos y lo nacional ha sido ya observada por numerosas académicas feministas, quienes rastrean las bases de esta omisión en el contrato sexual (Pateman, 2019) y la noción masculina de ciudadanía. No es la intención de este trabajo recuperar estas observaciones, sino plantear algunos interrogantes acerca de qué aspectos de los desarrollos teóricos hegemónicos acerca de la nación pueden ser cuestionados a partir de conceptualizaciones feministas y qué posibilidades de pensar la nación y lo nacional emergen de ellos.

Reconceptualizaciones de la nación en clave pos y decolonial

Las críticas y reelaboraciones al concepto de nación desde perspectivas pos y decoloniales permitieron comenzar a pensar el concepto de manera situada, teniendo en cuenta la heterogeneidad de las experiencias en la conformación de la nación y lo nacional y las especificidades de este proceso en aquellas comunidades marcadas por las múltiples formas que adopta la colonialidad. La publicación de *Nación y narración* compilada por Homi Bhabha en 1990, modificó sustancialmente los debates acerca de lo nacional al retomar la hipó-

tesis culturalista modernista, en especial la noción de comunidad imaginada andersoniana, desde una perspectiva posmoderna y poscolonial¹.

Para el autor, entender la nación como una narración implica afirmar que lo nacional se desarrolla en el tiempo doble y escindido de la modernidad. En la propuesta de Bhabha, lo memorable es seleccionado entre sucesos posibles del pasado y reinscrito en el presente en un movimiento circular e iterativo, fundando y re-fundando el pasado y el presente nacional, de manera que las fisuras del presente (siempre intemporal) se transforman en figuras retóricas de un pasado nacional. En esta primera tesis, es posible observar una coincidencia con los desarrollos modernistas, en especial los de Smith y Anderson. Este proceso se encuentra atravesado por tensiones, imposiciones y negociaciones debido a la heterogeneidad que albergan las comunidades y visibiliza así la duplicidad de la dinámica mismidad-alteridad: en el continuo proceso de construcción de la nación se configura un otrx foráneo del que diferenciarse y otrxs múltiples que forman parte de la inevitable heterogeneidad de las comunidades. Las fisuras entre el relato de la nación y el presente de la nación son, en la lectura de Bhabha el lugar de actuación de grupos subalternos y minorías culturales, que pueden utilizar estrategias de significación desplazadas o descentradas. Esta interrupción de la continuidad del relato nacional introduce una temporalidad intermedia (en relación a la temporalidad homogénea andersoniana) el *in-between*. Al interrumpir la operación de autogeneración es posible observar a la nación como un espacio liminar, con doble frontera: una que la separa de las demás naciones y otra marcada internamente, producto de la heterogeneidad social.

Sin embargo, en los desarrollos de Bhabha ante la emergencia de la diferencia cultural, las contradicciones y antagonismos son articuladas generando nuevos órdenes, lectura que no termina de dar cuenta de la violencia que implica la homogeneización e imposición de un relato único. En este sentido, otros autores como Partha Chatterjee introducirán la noción de tiempo heterogéneo, una temporalidad híbrida en las que las diferencias están en pugna y las comunidades resisten y disputan estratégicamente la univocidad del tiempo homogéneo de la nación.

En relación al proceso de homogeneidad-heterogeneidad, se sitúan también los planteos de Aníbal Quijano (2000). En su análisis de la conformación de las naciones europeas y americanas, el autor plantea diferencias en su constitución en base a la conformación colonial de las segundas. También señala las diferencias entre aquellas naciones americanas que basaron su fundación en procesos de homogeneización a partir en la expulsión y el genocidio de poblaciones indígenas y de color y aquellas en las que estos procesos se vieron parcialmente frustrados o reelaborados en torno al eje de «democracia racial». La lectura de estos procesos en el análisis de Quijano centra su mirada en la raza y los efectos de la colonialidad del poder.

Intervenciones feministas en la construcción de la nación

Las propuestas poscoloniales y decoloniales para pensar la nación y lo nacional tienen la ventaja de reconocer la heterogeneidad social y la violencia que subyace a la construcción del discurso de la nación, además de pensar estrategias contra la instauración del discurso homogeneizante de lo nacional. Sin embargo, a diferencia de, por ejemplo, la raza, el género sigue siendo una variable apenas mencionada y en ninguno de los casos priorizada para el análisis de las formas de construcción de lo nacional. Si bien las metáforas en relación a la maternidad, la fertilidad o la virginidad, entre otras, y las discusiones públicas sobre el rol de la mujer en la vida de la nación, dan cuenta de que lo femenino forma parte de su imaginario, su ausencia en las teorías sobre el proceso de conformación del modelo de nación hasta el momento implica negar la atención a la especificidad de las posiciones subjetivas de aquellas personas a las que se alude con términos como minoría, subalternx o otrx. Por otro lado, realizar una lectura y una relectura de la construcción de la nación desde una perspectiva feminista no implica solo incluir a las otras, lxs otrxs, en el análisis sino, primordialmente, recuperar un posicionamiento, una visión, unas preguntas y un método de interpretación. Vale entonces recuperar la metáfora del *in between* como límite o intersticio, ya que, como sostienen Grewan, Kaplan y Moallem, las mujeres

están tanto dentro como fuera de la nación y entre la mujer y la nación se abre un espacio en el que deconstruir y reinterpretar los modelos de lo nacional (1999).

Lo femenino, que reaparece en forma de metáfora y analogía en los discursos de la nación y las desigualdades de género, raza y clase, entre otras, no son consideradas relevantes en la construcción de las naciones y de la idea de nación del siglo XVII a esta parte. Este borramiento del plano simbólico, que constituye el efecto más claro de la violencia epistémica que implica el discurso de la nación y lo nacional como ha sido concebido hasta el momento, tiene efectos claros en la posición que ocupan gran parte de las mujeres en las sociedades contemporáneas y da cuenta también de por qué uno de los mayores esfuerzos en la teoría y práctica feminista contemporánea está puesto en identificar y visibilizar a figuras femeninas en el relato de las naciones, reconstruyendo genealogías borradas.

Con el fin de visibilizar la violencia epistémica pero también sus formas de resistencia y cuestionar las formas en las que se ha entendido hasta la actualidad los procesos de construcción de la nación y lo nacional que desconocen a las desigualdades de género y las dinámicas interseccionales de opresión, proponemos retomar algunos de los conceptos centrales de las teorías de la nación en relación a planteos teóricos feministas pos y decoloniales. Estos elementos constituyen nudos o puntos de tensión que en muchos casos ya han sido explícitamente señalados. Sin embargo, pretendemos también establecer vínculos que, aun siendo menos directos, ofrecen una perspectiva potente para pensar la cuestión. Entre los muchos conceptos que intervienen en las teorías de lo nacional se encuentran lengua y frontera, elegidos por su centralidad y su potencia.

Raza, lengua y frontera en los desarrollos de María Lugones y Gloria Anzaldúa

Los conceptos de raza, lengua y frontera atraviesan tanto las teorías de la nación como a la práctica y poética feminista, especialmente en el trabajo de las feministas chicanas y las teóricas latinas en el hemisferio norte, como Gloria Anzaldúa y María Lugones. La decisión de

recuperar los desarrollos de ambas en nuestra operación de repensar lo nacional se debe a la emergencia de tópicos fuertemente vinculados a la nación en ambas escrituras. Esta aparición cobra sentido al pensar su lugar de enunciación: una, mestiza nacida en la frontera, y otra, migrante latina en el centro de la academia norteamericana; ambas comprometidas con el proyecto anticolonial desde sus respectivos espacios de creación y activismo teórico. La frontera en sus desarrollos no es una abstracción ni se limita a la idea de límite geográfico, sino que es un espacio de vida, un lugar de acción. Sus discursos, como sujetas fronterizas, habitantes perpetuas de espacios de transición, dan cuenta de la ambivalencia del lugar de enunciación fronterizo: «Un territorio fronterizo es un lugar vago, e indefinido creado por el residuo emocional de un un linde contra natura. Está en un estado constante de transición, sus habitantes son los prohibidos y los baneados» (Anzaldúa, 2016, p. 42). Mujeres latinas, racializadas, lesbianas, migrantes, la experiencia de la frontera recorrer sus relatos de vida, sus teorías y su lugar de enunciación. La pregunta aquí es: ¿qué noción de frontera se construye en sus escrituras? Y ¿cómo dialogan estas nociones con la noción de frontera en las teorías sobre nación?

En el análisis de la conformación de las naciones, las fronteras son lugares imprescindibles de separación y definición de lo o lxs otrxs, elementos constitutivos sin los cuales la nación y lo nacional no pueden ser pensados. La experiencia de la frontera de lxs mestizxs, lxs migrantxs y lxs sujetxs del sur no se configura como un afuera de las culturas, sino como una doble o triple pertenencia a la que le es inherente la imposibilidad de pertenecer por completo a una sola cultura. La pertenencia múltiple, enunciada como la contradicción constante y en general conflictiva de la identidad, es abordada en sus textos no como un aspecto a ser definido o en el cual haya posibilidad de opción. Las identidades ambivalentes potencian una enunciación para la cual la univocidad no es posible en ningún aspecto y que siempre se verá atravesada. No estamos aquí ante discursos que procuren disputar una hegemonía cultural para imponer su visión del mundo, sino que apuntan a alejarse de las construcciones sociales lineales, cohesivas y unívocas. En *Pilgrimages/Peregrinajes*, Maria Lugones define al peregrinaje como la elección de una forma de

movimiento de los sujetos que, en la creación de espacios liminales, desestabilizan los sostenes de las estructuras institucionales. En su planteo, el entendimiento de sí, de las relaciones y la realidad desde estos espacios se vuelve importante no como una forma temporal de la experiencia, sino como una forma de pensar las resistencias a las opresiones estructurales institucionalizadas (Lugones, 2003). En este sentido la liminalidad es una práctica con potencial liberador, que permite reconocer la multiplicidad de las opresiones y las formas de oponerse a estas que atraviesan a cada sujeto y su enunciación. El espacio liminar no se constituye así como un espacio de separación entre un nosotros y un ellos sino como un espacio de encuentro para sujetxs que atraviesan formas diversas de la opresión y ejercen también formas múltiples de resistencia. La frontera desde esta perspectiva se configura como un espacio de enunciación donde no es posible delimitar con claridad un nosotrxs y un ellxs, sino que ambos se confunden y sujetxs diversos tienen la posibilidad de desarrollar estrategias de acción colectivas. Esta concepción de frontera contrasta fuertemente con la que se desprende de la mayor parte de las teorías de la nación en las que esta es leída como un límite claro y necesario para la estabilidad y aparente transparencia del discurso de lo nacional.

A menudo se habla del lenguaje como otra frontera o, al menos, como una barrera a cruzar, superar o eliminar. En todas las teorizaciones clásicas de la nación, la lengua aparece como un elemento central de su definición y como factor clave de la homogeneidad cultural. En los desarrollos de y poscoloniales, la lengua tiene un lugar central debido a la función imperialista atribuida a su imposición en los territorios colonizados en el sur global. Los efectos de este accionar atraviesan las escrituras de estas autoras en las que las lenguas se encuentran, se mezclan y atraviesan, dando cuenta de la complejidad que subyace al discurso aparentemente monolingüístico de lo nacional. Sin embargo, al igual que no es posible confundir nación con Estado-nación, no podemos confundir lengua con idioma: desde este enfoque, dentro de un mismo Estado-nación encontramos idiomas diferentes, y dentro de las naciones existen diferentes lenguas: la lengua de lxs subalternxs, de las mujeres, de las disidencias, de lxs racializadxs.

«El lenguaje es un discurso masculino» afirma Anzaldúa en *Borderlands / La frontera* y da cuenta de la multiplicidad de lenguas que habitan un idioma. En su discursividad, al igual que en el trabajo de Lugones, toda opresión tiene su contraparte y el espacio de la lengua no es una excepción. Sus trabajos visibilizan las disputas al interior de las lenguas de las que dan cuenta sus variaciones, sus transformaciones y su uso en contextos específicos. Si las lenguas hegemónicas son masculinas, lxs sujetxs descentrados inventan las propias. Más allá de la constante transformación y construcción de lenguas otras, el encuentro –muchas veces choque– con las lenguas y los idiomas hegemónicos no puede evitarse. Sujetxs obligadxs a hablar la lengua de otrxs, sujetxs re-marginalizadxs ante la imposibilidad de hablarlas, sujetxs que habitan varias lenguas o que eligen estratégicamente utilizarlas, encarnan en su experiencia la pluralidad que los discursos sobre la nación y de los nacionalismos intentan borrar. Este borramiento es una de las materializaciones de la violencia epistémica y una de las formas en las que el borramiento del plano simbólico se hace efectivo, ya que hablar en una lengua no reconocida implica por lo general no ser escuchadx. Sin embargo, en el marco de las estrategias que lxs subalternxs, y especialmente las subalternas, se dan para ser oídas y para poder darle sentido al mundo, aparece la traducción como acto de resistencia. Lugones recupera el acto de traducir al afirmar que

La oportunidad es de entender por traducción un acto mucho mayor, mucho más fiel, más amoroso, más disruptivo, más insurgente que el de encontrar equivalencias lingüísticas. (...) La traducción interpreta lo que está sucediendo y da voz a ello en el lenguaje subalterno». (Lugones, 2003, p. 19)²

Si comenzamos a reconocer los actos de traducción que proliferan en las comunidades, ¿cómo se transforma nuestro entendimiento de las lenguas de la nación? ¿Qué nuevos procesos pueden ser observados en la institucionalización de las lenguas nacionales? ¿Qué nuevas resistencias pueden ser rastreadas?

Recuperar las reflexiones de Anzaldúa y Lugones en relación a la lengua abre algunas preguntas sobre cuál es el lugar que ocupan las

lenguas otras en las naciones y Estados-nación. Lenguas que son otras por destino y por elección, heredadas y creadas y que en su existencia albergan la potencia de otra visión de mundo, de otras propuestas de comunidad que ponen en jaque a la nación, al menos, tal como la conocemos. También resulta productivo retomar el concepto de traducción tal como lo concibe Lugones, ya que es una operación que se repite con insistencia en todo espacio donde conviven diversidad de lenguas. En este sentido surge el interrogante al respecto de las huellas que la traducción como acto performático deja en la nación y lo nacional.

Hasta aquí hemos hablado de lengua y frontera, elementos centrales en las lecturas de la nación y, desde otra perspectiva, centrales también en la teoría feminista. Otro elemento que reaparece de manera insistente en algunos de los desarrollos al respecto de lo nacional es la etnia. Según Ochy Curiel, el concepto de etnia emerge en un contexto en el que ciertas corrientes buscaban distanciarse de los planteos racistas imperantes hasta mediados de siglo XX y es utilizado para referirse a las características culturales de grupos específicos. Sin embargo, este uso dio lugar a la creación de la dicotomía raza-etnia en relación a la dicotomía naturaleza-cultura, reafirmando desde una perspectiva biologicista el concepto de raza que niega el carácter social y dinámico de las comunidades y consolidando los estereotipos (Curiel, 2017). Entonces, el componente étnico, que en algunos de los planteos como los de Gellner y Hobsbawm es el factor clave de homogeneización o la condición de posibilidad de la construcción de identidades nacionales, puede ser interpelado por los desarrollos feministas en torno a la racialidad y el racismo.

Lugones inserta su producción en la tradición de pensamiento de las mujeres de color que se inicia en Estados Unidos con el feminismo negro de Bell Hooks, Audre Lorde y Angela Davis. En sus desarrollos sobre el sistema de género colonial/moderno retoma las lecturas acerca de la colonialidad del poder de Quijano para comprender las transformaciones en la organización de comunidades colonizadas y cómo la racialización y la introducción del orden patriarcal occidental desarticulaban los lazos comunales. Desde una perspectiva interseccional, sus lecturas de las dinámicas sociales desnaturalizan el orden contemporáneo al observar los efectos de la ra-

cialización atravesadas por la introducción del orden patriarcal occidental, evidenciando la violencia y la contingencia de estos procesos.

La cuestión racial en Anzaldúa también se encuentra atravesada por la colonización ¿Puede no estarlo en América? Sus planteos iluminan el que hasta ahora era un punto ciego: el de las nuevas razas, aquellas que emergen en el mestizaje, que no son indígenas, negras o anglosajonas como la chicana. Y resulta especialmente relevante que la cuestión racial en sus desarrollos se vea atravesada por el género y la sexualidad: como mujer lesbiana de color se encuentra en la encrucijada³:

Como mestiza, no tengo país, mi patria me expulsó; sin embargo, todos los países son míos porque yo soy la hermana o la amante en potencia de toda mujer. (Como lesbiana, no tengo raza, mi propia gente me repudia; pero soy todas las razas porque lo queer de mí existe en todas las razas). (Anzaldúa, 2016, p. 137)

La mestiza, la chicana, la queer desarticula cualquier pretendida unidad racial o étnica, visibiliza las contingencias, denuncia y resiste las violencias y obtura cualquiera ilusión de asimilación. El mestizaje en el planteo de Anzaldúa no es la creación de una nueva forma étnica estable que daría lugar a las naciones americanas, sino la prueba de su dinamismo, de la imposibilidad de la estabilidad identitaria que daría lugar a la supuesta homogeneidad de las naciones.

Perspectivas liminares: pensar desde múltiples fronteras

Este artículo propone una primera exploración sobre algunas de las posibilidades que se abren en el cruce entre las teorías de la nación y algunos de los conceptos centrales de los feminismos del sur. Lengua, frontera, raza son, entre muchos posibles, algunos de los conceptos que han sido objeto de profunda reflexión y arduos debates dentro del campo teórico-político del feminismo. Este trabajo intenta presentar algunos diálogos posibles con otras perspectivas e hipo-

tetizar sobre algunas de las transformaciones que podrían operarse en esas construcciones teóricas a partir de dichos diálogos. Observar la construcción de las naciones desde una perspectiva feminista permite alumbrar puntos ciegos y repensar sus dinámicas de maneras innovadoras. Celia Amorós afirma que la posibilidad de emerger de aquellos problemas de investigación que no han sido vistos tiene como condición de posibilidad «la configuración de posibilidades epistemológicas que abran espacios dentro de los cuáles estos puedan ser pensados» (Rovetto et al., 2017). Los estudios feministas, como perspectiva epistemológica, abren espacios y posibilidades de emergencia para nuevos problemas de investigación en torno a lo nacional. Revisar las formas en las que concebimos la construcción de la nación puede proporcionarnos, tal vez, claves para reinterpretar sus presentes e imaginar nuevos futuros.

Referencias bibliográficas

- Amorós, C. (1994). Espacio público, espacio privado y definiciones ideológicas de «lo masculino» y «lo femenino». En *Feminismo, igualdad y diferencia*. México: UNAM-PUEG.
- Anzaldúa, G. (2016). *Borderlands / La frontera*. Madrid: Capitán Swing.
- Bhabha, H. (2002). *El lugar de la cultura*. Buenos Aires: Ediciones Manantial SRL.
- Curiel, O. (2017). Género, raza, sexualidad: debates contemporáneos. *Intervenciones en estudios culturales*, 3 (4), pp. 41-61. Pontificia Universidad Javeriana.
- Fernandez Bravo, A. (Comp.) (2000). *La invención de la nación: lecturas de la identidad de Herder a Homi Bhabha*. Buenos Aires: Ediciones Manantial SRL.
- Gellner, E. (2008). *Naciones y nacionalismo*. Madrid: Alianza Editorial.
- Hobsbawm, E. (1998). *Naciones y nacionalismo desde 1780*. Barcelona: Grijalbo Mondadori.

- Kaplan, C. et al. (1999). *Between woman and nation: Nationalism, transnationalism, and the state*. Durham: Duke University Press.
- Lugones, M. (2003). *Pilgrimages/peregrinajes. Theorizing coalition against multiple oppressions*. Lenham: Roman and Littlefields publishers.
- Lugones, M. (2008). Colonialidad y género. *Tabula rasa*, (9), pp. 73-101.
- Pateman, C. (2019). *El contrato sexual*. Madrid: Editorial Ménades.
- Quijano, A. (2000). Colonialidad del poder, eurocentrismo y América Latina. En Lander, E. (comp.). *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales* (pp. 201-246). Buenos Aires: CLACSO.
- Rovetto, F. et al. (2017). Feminismos y Ciencias Sociales: propuestas pedagógicas y aportes críticos para revisar programas de formación en el grado. *Revista de Educación*, 8 (12).
- Segato, R. (2007). Raza es signo. En Segato, R. *La nación y sus otros. Raza, etnicidad y diversidad religiosa en tiempos de Políticas de la Identidad*. Buenos Aires: Prometeo.
- Smith, D. A. (1995). ¿Gastronomía o geología? El rol del nacionalismo en la reconstrucción de las naciones. *Nation and Nationalism*, 1 (1).
- Yuval Davis, N. (2004). *Género y nación*. Lima: Centro de la mujer peruana Flora Tristán.

Notas

¹ Los debates sobre la noción de poscolonialidad son extensos y las definiciones de esta son múltiples. Entre sus principales cuestionamientos se encuentra la dificultad de determinar a qué etapa histórica se haría referencia con este término, teniendo en cuenta que el dominio colonial tiene especificidades políticas y temporales en las diferentes regiones colonizadas. Entonces, ¿a partir de qué momento de una nación o región puede hablarse de poscolonialidad? El prefijo post representa también para muchos intelectuales el riesgo de entender al colonialismo como una forma de dominación propia del pasado y superada en la actualidad a partir de la independencia de las regiones dominadas (Shohat, 1992). Por último, otra de las consideraciones sobre el término radica en la supuesta despolitización del concepto, entendiéndose que la opción por poscolonialidad

sobre antiimperialismo implica un borramiento de la carga simbólica del término imperialismo. Para Gayatri Spivak los estudios poscoloniales no se dedican (o no deberían dedicarse) al estudio de un pasado colonial, sino a la condición global contemporánea de tránsito del colonialismo al neocolonialismo, es decir al tránsito del imperialismo territorial al imperialismo económico, político y cultural surgido en el último siglo.

² La traducción es propia.

³ La noción de encrucijada en sus textos aparece como una prefiguración de aquello que luego será llamado intersección y extensamente desarrollado por los movimientos feministas de color y latinoamericanos.